

158

La Estética de La
Juventud:
La construcción
del carácter
moral como
obra de arte

Andrés Rodríguez Rubio

RESUMEN

LA CONDUCTA MORAL O EL ESTILO CONDUCTUAL DE CADA CUAL es un constructo existencial que toma el tiempo vital para hacerse. Es el *êthos* que se va haciendo día a día, el carácter, el modo de ser. De *êthos* viene ética, señaló Aristóteles. Hay, por lo tanto, una elección del personaje que queremos ser y una construcción diaria del mismo. Nuestra conducta no es improvisada cada vez, es la consecuencia de la historia personal de nuestra biografía íntima. Exponemos aquí el proceso de esa trayectoria como equivalente a la creación de una obra de arte o a la unión de la ética y la estética en la edificación del carácter moral. Aunque no todos encaran la existencia en el sentido positivo que exponemos y, por lo tanto, el resultado de la existencia puede ser, si acaso, una tragedia o una media-nía sin acento ninguno.

Palabras claves: ética, estética, carácter, virtud.

Milenio, Vol. 10, 2006

ISSN 1532-8562

INTRODUCCIÓN

LOS ACTOS LIBRES VAN CONSTRUYENDO en el tiempo una figura moral estable que llamamos carácter o *êthos*. De la misma manera que se construye la casa poniendo piedra sobre piedra, el *êthos* se edifica, acto sobre acto, sobre el terreno de la naturaleza original y se convierte en segunda naturaleza, que es esta creación que deliberadamente dirigida formamos como la morada del ser. Porque una vez edificado el *êthos*, nuestros actos salen formalizados por la personalidad moral que llegamos a tener o ser. Por eso Aristóteles advirtió que *ética* viene de *êthos*.

Otros han dicho que carácter es destino en cuanto una vez formado los actos salen con la marca del *êthos* construido. Pero no es el destino de los dioses, sino el destino que el hombre mismo predetermina por su modo de ser adquirido. El ser está ligado, como enunció Heidegger, al tiempo. Somos lo que en el pasado delineamos en la forma sutil del estilo personal que se

fue haciendo y que ahora se vislumbra como obra propia cincelada por la libertad, que eligió el toque justo en el instante en que decidimos qué hacer, en el drama cotidiano de existir. El porvenir de mi libertad está dirigido por la libertad original del pasado, aunque en cuanto libertad puede cambiar el destino prefijado, que es el privilegio de ser *humano*, que puede elegir la *conversión*, aniquilando su propio destino y edificando uno nuevo.

Al igual que el escultor trabaja sobre el mármol elegido para convertirlo después en un David o un Moisés, el humano, también, trabaja sobre la sustancia ética, que es la vida, para construir así el ser moral. De ahí que realmente la ética es también estética. Pero el drama del ser es que puede resultar un David, un monstruo o figuras intermedias que no pasan de la figura banal y trivial del hombre mediocre. El instante, por lo tanto, tiene más importancia de lo que le otorgamos, y más todavía en la juventud donde comenzamos a cincelar nuestra figura, no la visible, que carece de tanta importancia, sino la invisible figura sentida en las actitudes, que los ojos no ven, pero que el corazón siente, cuando nos cruzamos unos con otros. La ética camina en la *polis* como el aire en los jardines.

La relación entre la ética y la estética parece encontrarse al observar este último término. En efecto, éste (*est-ética*) contiene la palabra ética y quizás por no detenernos lo suficiente nunca notaremos este curioso hecho. Esta observación nos sirve de hilo conductor para ahondar en el tema que nos ocupa: la relación entre la construcción artística y la construcción del carácter moral. Estética suele entenderse como filosofía de la belleza, pero también es filosofía del arte. Ambos sentidos serán tomados en cuenta en lo que vamos a indagar a continuación.

En primer lugar queremos aclarar que esta relación ética-estética se remonta a la antigüedad, aunque en realidad la palabra estética como la usamos hoy no existía. El término surge, como filosofía de la belleza y del arte en el siglo XVIII con Alexander Baumgarten (1714-1762)¹.

En el pensamiento antiguo, en la filosofía griega, aparece esta relación especialmente en Pitágoras, Sócrates y Platón. El primero, se refiere ya a una vida hermosa, como una obra de arte lo que tiene una evidente connotación moral.² Sócrates y Platón prácticamente identifican la belleza y el bien (es lo que se entiende por *kalokagathía*). En el diálogo *Fedro* hay una referencia expresa a la belleza de las almas que son las que poseen y practican la virtud. En el mundo romano, en el pensamiento estoico, más enfáticamente aún ésta, la virtud, es el arte de la vida³. La conjunción de belleza y bien es definitiva.

En Aristóteles, más que una referencia a la belleza hay una indagación

sobre la construcción del carácter moral mediante la virtud, que es un *metron*, una medida sostenida en el equilibrio y armonía en las acciones que potencian la virtud. No es el acto la virtud, sino la estabilidad de éstos, la continuidad en la dirección perfecta, en la victoria del *logos* sobre la *orexis*, la razón sobre el apetito, es lo que conduce a la virtud y por ende a la felicidad de la vida. De ahí la frase inmortal de Aristóteles: “una golondrina no hace la primavera [verano, traducen otros], como tampoco un día de sol: igual que tampoco es un solo día ni un reducido intervalo de tiempo lo que constituye la felicidad y la dicha”⁴. Así se construye el *êthos*, el carácter, el modo de ser moral: poco a poco, o golpe a golpe, en el tiempo. Por eso *êthos* viene *êthica*. Volveremos sobre esto más adelante.

Dentro de la línea platónica de la convertibilidad entre belleza y virtud, Shaftesbury (1671-1713) parece continuar al filósofo de los diálogos. Platón en *La República* había establecido que el joven que se habitúa a la belleza, especialmente a la música, desde su más tierna edad va generando un amor por la virtud y un desprecio por lo inarmónico y grotesco. Veamos sus propias palabras dirigidas a Glaucón:

¿Y no será...porque un joven educado como es debido en la música discernirá con toda precisión lo que haya de perfecto y defectuoso en las obras de la naturaleza y del arte y recibirá de ello una impresión justa y enojosa; y, por lo mismo alabará arrebatadamente lo que observe de hermoso, le dará cabida en su alma, hará de ello su alimento, y con eso se formará para la virtud; mientras que por otra parte, sentirá desprecio y aversión naturales hacia aquello que encuentre de vicioso, y eso desde su más tierna edad, antes de ser iluminado por las luces de la razón, apenas llegue la cual se abrazará con ella en virtud de la secreta relación que habrá establecido la música entre la razón y él? —Ésas son, a mi ver, las ventajas que nos proponemos conseguir al educar a los niños por medio de la música.⁵

Shaftesbury ve en esa búsqueda de la perfección armónica un símil de la actitud de un amante enamorado de la belleza y al mismo tiempo de la virtud. El sentimiento connaturalizado con la virtud y la belleza, en Shaftesbury, encumbra al hombre por encima de lo defectuoso, formando una suerte de *moral sense* que lo enfoca siempre hacia lo mejor.

Nuestro tiempo no se ha desligado completamente de estas concepciones antiguas de la moral. En el siglo XX un gran español, José Ortega y Gasset, nos recuerda: “En el vocabulario platónico, ‘belleza’ es el nombre concreto de lo que más genéricamente nosotros solemos llamar ‘perfección’.”⁶ Si nos

atenemos estrictamente a lo que señalamos antes sobre la identificación entre belleza y bien en el pensamiento platónico, la perfección es la aspiración moral, utópica podemos decir, de todo ser humano. Bien aclara más adelante Ortega: “perfección en el horizonte humano quiere decir, no lo que está absolutamente bien, sino lo que está mejor que el resto, lo que sobresale en un cierto orden de cualidad; en suma: la excelencia”⁷. O como hemos dicho en otra parte, es una aspiración a lo mejor: “Querer ser perfecto significa algo muy modesto en comparación con lo que se ha entendido anteriormente sobre ello, es querer mejorar, superarnos. Y esa meta mueve lo moral”⁸.

Michel Foucault hace expresiones muy pertinentes al tema que venimos tratando hasta el punto de encontrarnos en una verdadera estética de la existencia. ¿En qué sentido podemos afirmar algo así? Foucault entiende que la vida misma que poseemos o somos necesita una elaboración para desarrollar sus potencialidades y desplegar su esencia. Lo que es justamente la ética: la búsqueda del ser; el despliegue del ser. Aunque con gran cautela insertamos aquí como paréntesis, antes de seguir, para recalcar que hay que evitar el *autismo moral*, que encierra al sujeto en su individualidad. Hay que entender la complejidad en medio de la cual existimos, de manera que más pronto que tarde, la búsqueda del ser salte al ser colectivo, al *otro*. De lo contrario, no habría realmente una existencia ética. Sin embargo, lo primero es una preparación necesaria para pasar a la segunda etapa.

La estética de la existencia en Foucault se refleja en sus propias palabras: “La idea del *bios* como el material de una pieza de arte estética es una idea que me fascina”⁹. Lo dice, teniendo en mente el pensamiento antiguo. A modo de síntesis encontramos su explicación personal en la entrevista que publican Tomás Abraham y Gustavo Mallea:

En la antigüedad, este trabajo sobre el “yo” con su acompañante y servidora austeridad, no es impuesto sobre los individuos a través de leyes civiles u obligaciones religiosas, sino que es una elección sobre la existencia hecha por un individuo. La gente decide por sí misma si quiere o no cuidar de sí misma.

Y no creo que esto se haga para obtener la vida eterna después de la muerte, porque no estaban particularmente preocupados por ello. Más bien actuaban de manera tal de conferir a sus vidas ciertos valores (reproducir ciertos ejemplos, dejar detrás suyo una reputación elevada, dar el máximo brillo posible a sus vidas). Era cuestión de transformar la vida de uno en un objeto de cierto conocimiento, de una *techne*, un objeto de arte.

Poseemos escasos restos de esa idea en nuestra sociedad; esa idea de la que uno es la principal obra de arte de la que uno tiene que hacerse cargo, idea según la cual, el área principal sobre la cual uno debe aplicar valores estéticos es uno mismo, la propia vida, la propia existencia.¹⁰

Con todo este bagaje de pensamiento expuesto, del cual nos sentimos deudor en lo que diremos, abordemos nosotros el tema de la estética de la juventud en particular. En primer lugar, la construcción del carácter moral que hemos mencionado como especificación del título, no es algo que se dé sólo en la juventud. Podríamos enfocar también el tema, que no será en esta ocasión, de la estética del otoño existencial; y esto es posible porque la estética de la existencia, de la construcción del yo, termina con la muerte.

Ahora nos ocupa el tema de la juventud por la urgencia que nos plantea este encuentro, y con toda justificación, sobre la educación. También debo decir que me apela tratar este período de la existencia por la convivencia diaria con los jóvenes en el aula universitaria y fuera de ella, a lo que debo, lo digo muy frecuentemente, una cierta continuidad perpetua de esa juventud del alma, o al menos creo que soy contagiado, feliz contagio en este caso, de salud y no de enfermedad ninguna.

La filosofía quizás más leída por nosotros, es aquella que los filósofos griegos y romanos dirigieron a los jóvenes. Los encontramos como ávidos escuchas, muy particularmente en Sócrates, quien no escribió nada y murió rodeado de sus desconsolados discípulos, entre los cuales se encontraba el joven Platón para eternizar en sus diálogos la presencia del maestro. Por otra parte, Aristóteles nos deja su principal síntesis ética en el escrito referido al joven Nicómaco, su hijo. En las *Cartas a Lucilio*, Séneca vierte su inmortal sabiduría con el amor de un maestro venerable. En nuestro tiempo, muchos hemos leído con fruición *Ariel* de José Enrique Rodó, este magnífico uruguayo que sigue siendo luminoso un siglo después, que comienza diciendo en su vena romántica: "Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación"¹¹.

En *La Ética para Amador*, Fernando Savater se dirige a su hijo quinceañero (sobre lo que ha ampliado después diciendo que era para todo lector): "Su tema [el de la ética]...harás bien en no pasarlo por alto: trata de lo que puedes hacer con tu vida y si eso no te interesa, ya no sé lo que puede interesarte. ¿Cómo vivir del mejor modo posible? Esta pregunta me resulta mu-

cho más sustanciosa que otras aparentemente más tremendas...Creo que toda ética digna de ese nombre parte de la vida y se propone reforzarla, hacerla más rica"¹².

Por todo esto, la ética hoy está de pie, sin cartelones que digan **Prohibido**, como haciéndose eco de la Revolución Juvenil de 1968 en París donde un cartel inolvidable decía: **Prohibido prohibir**. Porque la ética no es una cadena, ni un bozal, ni una prisión sino una invitación a la felicidad, a la *vida buena* como enseñaron los maestros griegos y romanos. Y en cierta manera se trata, como veremos más adelante, de soltar cadenas para alcanzar un mayor grado de libertad. Es hoy una filosofía de la vida y la entendería personalmente, junto a otros más importantes que yo y de quienes soy deudor, como una *estética de la existencia*. Siempre he creído que el espíritu de una época invade la civilización, especialmente en lo que toca al sentimiento valórico. Aunque la gente no lea a los filósofos, se siente anímicamente una empatía con una ola metafísica, si se me permite decirlo así, que impone su tonalidad. Los filósofos interpretan, formalizan y expresan esta rara condición del ser de los tiempos. Por eso ver, en un ambiente nada filosófico como en la cartelera de los cines, un titular que diga *Beautiful Mind* te hace ver que en realidad es *beautiful soul*, como decía Pitágoras. Sobre todo te das cuenta de ello cuando ves la vida del doctor John Nash, y te das cuenta, en ese ejemplo, que la ética no ha hecho más que retomar el curso que desde el principio tuvo y que por siglos se oscureció. El curso que nos lleva a tomar la vida como el arte de vivir.

Estoy consciente de que lo dicho puede prestarse para interpretaciones muy diversas y equivocadas, por eso es importante precisar las ideas. El que la ética sea una invitación a la felicidad y una estética de la existencia hay que sustentarlo. El primer malentendido es interpretarlo ligera o livianamente. Se trata, como dijo antes Savater, de enriquecer la vida. Aristóteles apuntó certeramente que tenemos una tendencia espontánea al placer y un rechazo también espontáneo al esfuerzo y si siguiéramos ese curso de acción, según nos tira el cuerpo, seríamos muy poco diferentes de las bestias. Por eso acotó: "es más fácil ser pervertido que decente". Y desde luego, eso nada tiene que ver con el proyecto ético. Pero tenemos algo que las bestias no tienen: somos libres. Quiere decir que podemos decidir modificar el curso de acción espontáneo y elegir el esfuerzo para desarrollar al máximo las potencialidades del ser. Las bestias, como no son libres, no pueden dejar de ser como son o actuar como actúan. Y aquí está la primera señal de que la vida moral no tiene nada que ver con liviandades; demanda esfuerzo. Por eso, la misma palabra virtud viene de *vir*, que significa fuerza. Y la virtud es una necesaria cualidad que enriquece la existencia y si este enriquecimien-

to es el que buscamos, el esfuerzo es el medio. La vida ética es, en alguna medida, ir contra la corriente, no es vivir conforme nos tira el cuerpo sino buscar la conveniencia de la vida. El mismo filósofo Epicuro, que concibió una de las más bellas éticas que han existido, le decía a Meneceo en una carta que vivimos para ser felices y que tenemos que buscar el placer para ello. Pero añadía, y lo digo en mis propias palabras, pero ten cuidado de que el placer que tengas no le haga daño a tu vida. Usando el lenguaje de la planificación moderna, le quiso decir que no te haga daño el placer ni a corto ni a largo plazo, porque no todo placer es bueno, sino sólo el que te lleva a la vida buena. Así que, si hemos de evitar el esfuerzo o el dolor, también hay que admitir, pensaba, que hay dolores o esfuerzos que no son malos y por el contrario son convenientes para la vida. Le quiso decir que si quieres llegar al máximo o enriquecer tu vida no te queda más que esforzarte, pero el resultado será más que placer, será gozo o felicidad. Aristóteles también señaló que la virtud, aunque es difícil de alcanzar, hace fácil lo que hacemos cuando ya está en nosotros. Por eso, Savater le dice a Amador: "Si obro bien cada vez me será más difícil obrar mal (y al revés, por desgracia): por eso lo ideal es ir cogiendo el vicio...de vivir bien"¹³. Al niño que tanto esfuerzo le cuesta bañarse, cuando se convierte en un hábito le cuesta, por el contrario, no bañarse; y hacerlo es un placer, no un esfuerzo o dolor como antes. Claro que, probablemente, entonces ya no es niño.

El título de una novela de Gao Xingjian coincide con una metáfora que mucho tiempo antes venía usando yo para explicar cómo se alza sobre la planicie del ser: *La montaña del alma*. Elevada como el Everest tibetano, se yergue tocando el cielo azul o el manto cristalino de la noche. Diría que es imposible mirarla sin sentir la convocatoria de su imponente altura y majestad. Estamos frente al drama ético fundamental: subir o no subir, ser o no ser capaz de emprender la aventura más íntima y solitaria de todas. ¿Quién puede acompañarme? Nadie. ¿Quién puede dirigirme? Nadie. ¿Quién puede observar siquiera mi trayectoria? Nadie. La montaña soy yo mismo, el alma puede ser una metáfora más para darle cuerpo al espacio infinito de mi interioridad. Pero, como insinuaba el viejo Aristóteles, es más fácil no hacerlo; es más fácil caminar por el plano sin esfuerzo y bajar la mirada para evadir la cansina ruta ascendente. José Ingenieros, ilustre maestro de la querida Argentina, me lo dijo en forma parecida en o por medio de su libro *El hombre mediocre*, cuando yo tenía veinte años, en lenguaje nietzscheano:

Desprovistos de alas y de penacho, los caracteres mediocres son incapaces de volar hasta una cumbre o de batirse contra un rebaño. Su vida es perpetua complicidad con la ajena... atraviesan el mundo cuidando su sombra e ignorando su personalidad. Nunca llegan a individualizarse...No existen

solos. Su amorfa estructura los obliga a borrarse en una raza, en un pueblo, en un partido, en una secta, en una bandería... Siguen el camino de las menores resistencias, nadando a favor de toda corriente y variando con ella; en su rodar aguas abajo no hay mérito: es simple incapacidad de nadar aguas arriba. Crecen porque saben adaptarse a la hipocresía social, como las lombrices a la entraña.¹⁴

Platón decía que “[Hay] en el alma del hombre dos partes, una superior; inferior, otra. Cuando la superior manda en la otra, se dice del hombre que es dueño de sí, y eso es un elogio.”¹⁵ La ética demanda un poder, palabra que suena sospechosa a primera vista, pero que es decente en este caso, porque se trata del poder de gobernarse a sí mismo. Poder que alcanza el hombre cuando sigue ascendiendo en la montaña del alma. El esfuerzo en conquistar la montaña, que es ir apropiándose de las virtudes, permite controlar cada vez más o dominar las fuerzas que impiden alcanzar la realización de los proyectos más caros al hombre. Es, en buenas cuentas, conquistarse a sí mismo, eso era alcanzar la cima del alma. Fuerzas adversas como la pereza, la cobardía, la codicia, etc. boicotean lo que queremos ser y no nos permiten llegar a la cima. Gobernarse a sí mismo era para los griegos liberarse del yugo de los deseos livianos: es la libertad. Significaba decidir continuamente por lo mejor, por lo más conveniente, aunque fuera lo más duro y difícil. Toda la ética tiene que ver con el uso que hacemos de la libertad, es la práctica de la libertad. Si la usamos para decidir por lo mejor, funciona; si las inclinaciones blandas dominan la decisión no ascendemos en la vida ética y nos quedamos caminando en la ruta lisa, “cuidando nuestra propia sombra”, como dijo Ingenieros calificando al hombre mediocre.

La construcción del carácter moral, del *êthos*, demanda la *epimeleia heautou* con lo que querían decir los filósofos griegos el *cuidado de sí*. La atención sobre lo que decido en cada caso, porque esa decisión es como el golpe de cincel sobre mi carácter: va constituyendo una figura moral como el artista que construye una escultura. Cada golpe pone una dirección a la figura final. De ahí que la construcción del carácter moral, o la construcción del yo, es la obra de arte más importante para cada individuo. La belleza de un carácter, no es un don de los dioses, es la obra cuidadosa que se construye intencionadamente en el tiempo. No es algo natural, es nuestra “segunda piel”, como he oído decir a Carlos Fuentes.

Pero es importante destacar que el hombre que se gobierna a sí mismo podrá también gobernar a otros. ¿Cómo podría un hombre que no domina su codicia gobernar después honradamente en la *polis* o en otras instituciones como la familia, la escuela, la universidad, la empresa? El carácter moral sin el esfuerzo de ascensión y la conquista de sí mismo queda desprovisto de

todo poder sobre sus apetitos que es lo mismo que mantenerse esclavo o adicto a los impulsos inmediatos, sin diferencia ninguna con la especie inferior.

La juventud es la etapa principal de la creación del carácter moral. Por ello mismo, por ser creación se nos ocurre llamarla estética, formalizadora, constructora. Y por esa vieja complicidad entre el bien y la belleza al que aludían los griegos, se refuerza este nombre para terminar diciendo que, en el arte de vivir, el carácter que queremos nos pide que alcancemos el poder de enriquecerlo en cada decisión, en cada instante, como ese golpe decisivo de Miguel Ángel mientras esculpía el David, o cuando tocaba finalmente la bóveda de la Capilla Sixtina pintando a Adán en el Paraíso. Pero, ni en mármol, ni en yeso, construimos nosotros nuestro *êthos*, ni en un mes, ni en cuatro años. Es en el fértil huerto del alma y hasta el último minuto de la existencia, y no es para recibir el aplauso del mundo, sino el aplauso mudo y silencioso de nuestra propia conciencia.

NOTAS

- 1 “Es el primer estético, el primero que elaboró un dogma de la belleza estética. En 1750 publicó un libro con el nombre de *Aesthetica*, en el que separó esta ciencia de lo bello y a la que dio el nombre de estética, de las otras ramas de la filosofía. Quiso elaborar el campo propio de la estética y lo dividió en dos partes extensas: la estética teórica y la estética práctica”. RAYMOND BAYER, *Historia de la Estética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 184.
- 2 *Ibid*, p. 29.
- 3 *Ibid*, p. 71.
- 4 ARISTÓTELES. *Ética nicomaquea*, Madrid, Aguilar, 1967.
- 5 PLATÓN, *La República (Diálogos)*, México, Editorial Porrúa, 1979, p. 484.
- 6 JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Editorial Edaf, 1995, p. 82.
- 7 *Ibid*, p. 83.
- 8 ANDRÉS RODRÍGUEZ RUBIO, *Ethica nova*, San Juan, Publicaciones Puer-torriqueñas, 1999, p. 234.
- 9 TOMÁS ABRAHAM y GUSTAVO MALLEA, *Foucault y la ética*, Buenos Ai-res, Editorial Biblos, 1988, p. 197. En este libro hay una entrevista a Foucault, de donde sacamos la expresión citada.
- 10 *Ibid*, p. 209.
- 11 JOSÉ ENRIQUE RODÓ, *Ariel*, Río Piedras, Editorial Edil, 1979, p. 8.
- 12 FERNANDO SAVATER, *Ética para Amador*, Barcelona, Editorial Ariel, 2001, p. 170.
- 13 *Ibid*, p. 107.
- 14 JOSÉ INGENIEROS, *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1980, p. 115.
- 15 PLATÓN, *op.cit.*, p. 502.

BIBLIOGRAFÍA

ABRAHAM, TOMÁS y GUSTAVO MALLEA. *Foucault y la ética*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1988.

ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*, Madrid, Aguilar, 1967.

BAYER, RAYMOND. *Historia de la estética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

EPICTETO. *Enquiridion*, Barcelona, Anthopos, 1991.

INGENIEROS, JOSÉ. *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Editorial Losada, 12^a edición, 1980.

MARCO AURELIO. *Meditaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *Estudios sobre el amor*, Madrid, Editorial Edaf, 1995.

PLATÓN. *La República (Diálogos)*, México, Editorial Porrúa, 1979.

RODÓ, JOSÉ ENRIQUE. *Ariel*, Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Edil, 1979.

RODRÍGUEZ RUBIO, Andrés. *Ethica Nova*, San Juan, Publicaciones Puertorriqueñas, 1999.

SAVATER, FERNANDO. *Ética para Amador*, Barcelona, Editorial Ariel, 2001.

SÉNECA. *Tratados morales*, Buenos Aires, Aguilar, 1959.

--- *De la brevedad de la vida*, Madrid, Editorial Mediterránea, 1985.

--- *Diálogos morales*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.

MEMORANDUM

TO THE DIRECTOR

Subject: [Illegible]

[Illegible]